

## El crimen político y los métodos de minorías

### *¿Quién mató a Vandor?*

El crimen de Augusto Vandor el 30 de junio de 1969 -asesinado salvajemente apenas un mes después del *Cordobazo*-, no fue solo un crimen político o el resultado de una metodología de lucha ajena y alejada del pueblo argentino (que demostraba la catadura de sus asesinos), sino el inicio de un fenómeno que, por el *retraimiento del protagonismo popular* que generaría y el caos que produciría a su alrededor -siendo funcional al enemigo que también acechaba en la oscuridad-, nos condujo después de la muerte de Perón al 24 de marzo de 1976.

El *asesinato político*, en efecto, no formaba parte de la tradición de lucha del Movimiento Obrero Organizado, que arribó a la historia multitudinariamente un *17 de octubre de 1945* y de la misma manera había revalidado su carácter masivo y combativo -de cara al pueblo y con el pueblo en la calle- el *29 de mayo de 1969*.

¿Por qué matar a aquel que era “*un notable maestro de la táctica, capaz de deslizarse por todos los matices de la lucha o la negociación, sin perder nunca el objetivo central de defender los intereses de los trabajadores*” (como lo definiera Jorge Abelardo Ramos), y que además, como sabemos, era uno de los pilares de la resistencia peronista desde 1955, hombre de Perón -como lo era también José Rucci, igualmente asesinado-, líder del gremio más poderosos del país, y uno de los dirigentes más importantes del peronismo y de la clase trabajadora a través de las “62 Organizaciones Peronistas”?

A propósito, un dirigente de larga trayectoria en la *izquierda nacional* de Córdoba -Horacio E. Paccazochi- hace el siguiente comentario: esa operación “*estaba dirigida con una precisión quirúrgica contra un enemigo común de la izquierda y derecha gorila: el sindicalismo peronista, especialmente contra la UOM, y corporizado en un hombre: Augusto Timoteo Vandor*”.

En una misiva al psicoanalista Antonio Caparrós -citada por Víctor Ramos en “Los Hombres de Acero”-, el propio Perón le señala que Vandor fue asesinado cuando cumplía “*con una misión de gran importancia*” impuesta por la conducción del Movimiento Peronista, lo que significaba que “*sus asesinos no son peronistas... y que (su crimen) se ha gestado y organizado entre nuestros enemigos*”.

Los *asesinos de Vandor* usaban un arma ajena a la lucha sindical, inaugurando la ola terrorista sangrienta anti obrera y anti peronista, que no se detuvo ni siquiera con Perón de vuelta de su largo exilio, a quien lastimaron personalmente asesinando también a José Ignacio Rucci -su representante en el Movimiento Obrero y secretario general de la CGT- dos días después del triunfo plebiscitario que le devolvió el poder legal y legítimo a quien la contrarrevolución oligárquica de 1955 se lo había arrebatado violenta, ilegítima e ilegalmente.

El crimen de Vandor -a solo un mes del *Cordobazo*- inauguró de alguna manera esa etapa trágica de la vida argentina y de los argentinos, acechados a diestra y siniestra desde ambos costados para impedirle realizar aquel país políticamente soberano, económicamente independiente y socialmente justo que Perón, ya descarnado, quería dejarle como herencia al pueblo argentino.

En ese contexto, apenas terminado *el Cordobazo*, y habiendo sido encarcelados sus líderes -produciendo un reflujo natural del movimiento de masas-, aparecieron las expresiones “armadas” que, como se vio, “*fue más bien una expresión del retroceso parcial del movimiento de masas*”, después un intenso período de lucha colectiva. “*El individualismo pequeño burgués -dice Víctor Ramos- desplazaba del escenario principal a la lucha obrera colectiva que impulsaban los sindicatos peronistas*”.

A partir del 11 de marzo de 1973, la “guerrilla” “*se convierte en una actividad provocadora y contrarrevolucionaria, objetiva y subjetivamente contrarrevolucionaria, liso y llano “gorilismo de izquierda”*”, afirma Jorge Enea Spilimbergo (1974) en un libro dedicado a analizar el *Cordobazo* junto a otros importantes autores.

Las *organizaciones armadas* que asesinaron a Vandor -conocidas por ese y otros crímenes a partir de la década del 70-, no habían estado en el punto de partida de la insurrección popular del 29 de mayo de 1969 en Córdoba. Primero porque todavía no estaban organizadas como tales. No habían estado tampoco en ninguna actividad anticipatoria del *Cordobazo*, como se dice por ahí. Por el contrario, fue la efervescencia revolucionaria colectiva demostrada en esos días la que los impulsó a aprovechar aquella situación pre revolucionaria y comenzar su *acción foquista*, a partir de una caracterización política errónea y de decisiones operativas equivocadas, que comenzarían un mes después del *Cordobazo* (mostrando su verdadero carácter de clase) con el

asesinato de Augusto Timoteo Vandor (el más importante dirigente nacional de la UOM, de la CGT nacional y del peronismo) y culminarían con el asesinato de José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT y principal representante del general Perón en el Movimiento Obrero.

Las palabras de Firmenich, el líder montonero, después de la muerte de Rucci, disipa toda duda sobre el real enfrentamiento de los montoneros con Perón y todo lo que fuera cercano a él: “*Perón es Perón y no lo que nosotros queremos. La contradicción con Perón es insalvable...*”. Dichas acciones anti obreras -esta última, dos días después del triunfo electoral de Perón en 1973-, generarían la merecida expulsión de Plaza de Mayo de la autodenominada “Tendencia Revolucionaria” por parte del general Perón, el 1º de mayo de 1974.

Llama la atención que, todavía hoy, se pretenda, que el “ajusticiamiento” de Aramburu (un año después del *Cordobazo*)- sea considerado “*un hecho que se decide para marcar dos épocas: el fin de la resistencia y el comienzo de la ofensiva peronista*” (“Juan Manuel Abal Medina, 2023, “*Conocer a Perón*”). ¿Se pretende acaso demostrar que la voluntad de un grupo minoritario por sí sola, y a través de un método que las masas no comparten ni protagonizan, puede decidir y marcar la historia? ¿Se desconoce entonces al *Cordobazo*, en tanto expresión genuina de todo un pueblo y su importancia y/o dimensión histórica? ¿Se subestima la acción del pueblo en las plazas y/o en las calles como genuino método para poner en movimiento, *marcar una época*, hacer andar la historia y pasar a la ofensiva, como resultó el 17 de octubre, en aquella *sublevación popular* del 29 de mayo de 1969 y en otras tantas de menor dimensión, que quebraron el brazo del *onganiato* y sus sucesores, obligándolos a levantar la proscripción del peronismo, restituir sus derechos, allanar la vuelta de Perón al país y llamar a elecciones generales? ¿La historia es el resultado del accionar de grupos minoritarios o de las mayorías nacionales?

Sin duda, el reflujo de masas llevó finalmente, después de la muerte de Perón y de las marchas y contramarchas del gobierno de Isabel Perón (gobierno nacional, popular y democrático, al fin y al cabo), al 24 de marzo de 1976, sin que el pueblo -retraído, confundido y aislado- atinara a defenderlo en la calle, apenas treinta y un año después del 17 de octubre, siete años después del *Cordobazo* y a solo dos años de la vuelta de Perón al país después de una larga lucha de 18 años.

En lugar de avivar la lucha colectiva, ese retroceso sindical y otras circunstancias políticas (las balas cruzadas de la derecha y la izquierda peronista y no peronista, comenzaron a generar un retraimiento popular que, con la debilidad en que quedó el gobierno de Isabel Perón después de la muerte del gran líder nacional y popular y la *campaña golpista en su contra* de políticos, empresarios, militares gorilas y organizaciones armadas, llevarían al pueblo argentino a la derrota política, económica, social y cultural del 24 de marzo de 1976.

Nuevamente las palabras del líder montonero poco tiempo después del 24 de marzo de 1976 confirman nuestro aserto: “*No hicimos nada para impedirlo porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista*”. Claro, ya habían hecho suficiente para provocarlo.

La aparición del *terrorismo* y su equívoca y nefasta actuación coadyuvaron paradójica y consecuentemente a apagar el fuego revolucionario, popular y colectivo que la tea del *Cordobazo* había encendido, y que el golpe de marzo de 1976 terminó de apagar, sin duda, dando inicio a otra etapa histórica que, al parecer, no ha terminado todavía.

Elio Noé Salcedo